PREGON

SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

2003

PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2003

Juan José Lucas Giménez

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada: Jesús Nazareno de Santa Cruz (detalle)
Juan de Muniátegui. Siglo XVII.
Iglesia de Santa Cruz - Museo de Semana Santa

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 373.–2003

PROCLAMA:

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María, señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas u Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad, que hoy, Sábado de Dolores 12 de abril, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santo Domingo, a las 20,30 horas y ante la imagen penitencial de Nuestra Señora la Virgen Dolorosa, para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Excmo. Señor Don JUAN JOSÉ LUCAS GIMÉNEZ, Presidente del Senado.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del tercer año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu y pedimos oraciones para que Su Santidad JUAN PABLO II, Vicario de Cristo en la Tierra, siga pastoreando con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia vigésimo octavo del Reinado de JUAN CARLOS I.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2003

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACION

Con licencia del Reverendo Señor Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, don Gabriel Pellitero Fernández.

Excmo. Sr. Presidente de la Junta de Castilla y León. Excmo. Sr. Delegado del Gobierno. Ilustrísimo Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes, Consejeros del Común. Excmas. e Ilmas. Autoridades. Mayordomos, Presidentes, Cofradías, Gremios y Hermandades de Penitencia y Pasión. Señoras y señores. Amigos todos.

Con este acto comenzamos la andadura de una Semana Santa más, tan especialmente sentida y profundamente vivida por las gentes que habitamos en esta ciudad, en estas fechas donde los quehaceres cotidianos se ven perturbados y lo cotidiano se ve alterado por el reposo, la meditación y un mayor acercamiento a Cristo, con vivencias y oraciones que hacen serenar nuestro espíritu cristiano.

La torre de la iglesia de Santa María, norte y guía de los riosecanos, y que nos emplaza, año tras año, a atracar en este puerto en donde nos reencontramos en torno a nuestra Semana Mayor, una vez más actuará como poderoso imán que atraiga a tantos hijos de esta ciudad que están diseminados por todo el país, así como a los ciudadanos de otros lugares que, desde un profundo sentimiento religioso y tradición popular, quieren recordar y conmemorar la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Hemos escuchado las singulares y tristes notas musicales de «La Lágrima», el ronco sonido del Pardal, el lúgubre redoble de los tapetanes y, atenta y respetuosamente, nos preparamos para escuchar el Pregón de esta Semana Santa 2003.

Para pronunciar dicho Pregón contamos con la estimada presencia del Excmo. Sr. Don JUAN JOSÉ LUCAS GIMÉNEZ, presidente del Senado de la Nación, ex-presidente de la Junta de Castilla y León, castellano de El Burgo de Osma (Soria), a quien en estos momentos, en nombre de la Junta de Cofradías de Semana Santa y en el mío propio, deseo manifestarle públicamente nuestro agradecimiento por haber aceptado el encargo que se le hizo, en su día, para ser el Pregonero en este Acto. Somos conscientes de que, al aceptarlo, le ha supuesto una gran satisfacción y, a la vez, un

cierto sacrificio debido a las enormes responsabilidades que en estos momentos le supone el alto cargo que obstenta y, así mismo, restarle tiempo de su vida familiar.

Por todo ello, también en nombre de esta Ciudad, le reiteramos nuestro agradecimiento.

Durante los años 1991 a 2001, desde su cargo de presidente de todos los castellano-leoneses, como castellano comprometido y al servicio de esta vieja Castilla nuestra, se ha acercado a numerosos pueblos y ciudades de la Comunidad interesándose, entre otras cosas, por su patrimonio, sus tradiciones y sus costumbres y, en el caso de Medina de Rioseco, por la importancia que esos valores patrimoniales suponen, tanto para nosotros como para el resto de la sociedad española, de ahí que en aquellos y otros momentos, haya sido un aval importante para dar, desde los estamentos públicos y privados, el impulso necesario en la recuperación y puesta en valor del magnífico patrimonio religioso y civil que nuestra Ciudad atesora.

Por ello nos ha visitado en varias ocasiones, de manera oficial o privada, y ha tenido ocasión de contemplar los desfiles procesionales desde algunos balcones de los edificios de la Rúa Mayor o a pie de calle, en el anonimato popular de aquellos que contemplan el pasar de las procesiones, lo que le ha supuesto ser buen conocedor de todo aquello de lo que hoy nos va a hablar.

Los riosecanos y quienes han tenido la gentileza de acompañarnos en este Acto, con el silencio y respeto debido, nos preparamos para escuchar su prosa con el deseo de que sus palabras penetren en el corazón y fortalezcan nuestro espíritu y aquellos que participamos activamente durante las procesiones, demos guardia y vigilia, cumplida escolta, a nuestros Cristos y Vírgenes dolientes, en la austeridad y fervor de una Semana Santa que anhelamos celebrar.

Sr. Pregonero, estimado Juan José Lucas. Que reine el silencio para que los riosecanos podamos escuchar su pregón y tenga a bien ocupar esta cátedra que, gustosamente, le cedo en el uso de la palabra.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 2003

Vara Mayor. Reverendo Sr. Cura Párroco de Santa María Mediavilla y Santiago, Mayordomos de las Cofradías, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señoras y Señores, Hermanos en Cristo todos.

La ocasión de volver de nuevo a esta tierra, a sentir el calor amigo de este pueblo tan querido para mí y en el que tantas veces he compartido con vosotros trabajo, desvelos y alegrías, me embarga en este momento y me conmueve, no tanto por el hecho del reencuentro, que siempre es un placer para quien os habla, como por la circunstancia de que mi visita esté hoy vinculada a una de vuestras más queridas tradiciones y manifestaciones religiosas.

Abrir con el pregón las celebraciones de la Semana Santa de Medina de Rioseco es uno de los más altos honores que esta tierra puede deparar a quienes hemos dedicado una parte fundamental de nuestras vidas a trabajar por esta Comunidad, que sabemos y conocemos de todas vuestras inquietudes y que hemos dejado una parte importante de nuestra actividad política y social, a favor de ésta, nuestra tierra.

Por ello, mi más sentido y profundo agradecimiento por siempre a la Junta de Semana Santa, a las autoridades y a los vecinos que habéis confiado a mi voz la nobilísima tarea de ejercer de pregonero, dando a los aires de esta tierra, la buena nueva del comienzo del ejercicio penitencial y del programa de celebraciones de esta Semana Santa de 2003.

A esta confianza, y desde la responsabilidad de conocer la magnífica lista de personalidades del ámbito de la cultura y la ciencia, de la teología y

la historia que me han precedido en el privilegiado honor de ejercer de pregonero, espero responder desde la humildad del hombre cuyo principal mérito, hoy ante vosotros, es conocer y amar profundamente esta tierra y sus gentes y compartir con todos la acendrada Fe y el respeto por una cultura que, en este caso, es mezcla inseparable de arte, tradición y religiosidad.

Porque estos elementos, queridos amigos: arte, tradición y sentido trascendente de la religión son los fundamentos de nuestra Semana Santa. El legado más preciado de unas gentes que construyeron sus vidas, con los pies en la tierra y la mano en la mancera, pero mirando siempre al cielo y agradeciendo los favores divinos de la forma más bella en que puede hacerlo el ser humano, como es alumbrando una tradición y una cultura nuevas, sobre el soporte de las más excelsas manifestaciones artísticas.

Los pueblos y las sociedades no son otra cosa que el producto sedimentado de una historia que en Castilla y León no puede entenderse separada del fenómeno religioso y que tiene como eje central de nuestra Fe, el drama inabarcable, a la vez que maravilloso y absolutamente trascendente para la Humanidad, de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sólo desde este sólido fundamento teológico es posible explicar nuestro devenir histórico y nuestra realidad actual. El proceso de culturización que abarcó a todos y cada uno de nuestros pueblos y ciudades, vertebrando una sociedad en torno a la ciencia y la filosofía, compartiendo una misma literatura, acogiendo todos los vaivenes de los movimientos artísticos y empapándose de las grandes corrientes de la ascética monástica y de la producción de los grandes místicos, que a lo largo del tiempo fue regalándonos el destino.

Un proceso ininterrumpido de desarrollo cultural del que es ejemplo esta ciudad que atesora un innumerable catálogo de obras de arte, que se engalana con una arquitectura sublimada en las magníficas manifestaciones religiosa de sus iglesias y que presenta la espléndida realidad de una geografía urbana adaptada a una forma de vida donde el paisaje lo invade todo, tornasol de ocres y luces, que se extienden por campos de reminiscencias godas, en un espacio geográfico abierto, frontera de la Tierra de Campos.

En este entorno privilegiado, donde la convivencia aún está gobernada por los dictados del afecto y la amistad, donde sigue existiendo el espíritu de comunidad que dio sentido e hizo prosperar a nuestros pueblos y donde se puede aun escuchar el latir del tiempo pasado, sin necesidad de renunciar a ninguno de los privilegios de la modernidad, nos disponemos hoy a abrir un año más la puerta santa de la tradición que nos lleva, sin

solución de continuidad, a la plenitud de las celebraciones de la Semana Santa.

Buscar los orígenes de esta tradición que rememora en toda su dimensión dramática el dolor y la agonía de Cristo en el Calvario, sería perdernos por los insondables caminos milenarios de la Fe, para toparnos con la evidencia de que la conmemoración de la Pasión ha sido algo consustancial a nuestra sociedad, enraizado en lo más profundo del sentimiento religioso de los castellanos y leoneses.

En Castilla y León la celebración de la Semana Santa es vieja y austera como la tierra; ritual y sentida como nuestra forma de afrontar la vida; generosa y compartida como el fruto de esos campos fecundados a lo largo de los siglos con el sabor amargo del sudor y de las lágrimas.

Nuestro destino como pueblo y nuestra esencia como cristianos nos devuelve cada año, con el albor de la primavera, a ese capítulo fundamental de nuestra religión, que necesitamos rememorar y revivir, no sólo como acto perpetuo de desagravio, sino como reafirmación de nuestras creencias, lo que nos permite acercarnos con un espíritu siempre nuevo al episodio más trascendente de la vida de Jesucristo, como es el Misterio de la Redención.

Esta celebración, patrimonio de todos los castellanos y leoneses, alcanza en Medina de Rioseco una de sus más altas cotas de belleza artística, profundidad cristiana y sentido de la tradición. De ahí, la complejidad que nuestra Semana Santa entraña y la dificultad que representa para el forastero que pretende penetrar las aparentes contradicciones entre: austeridad y explosión de arte, recogimiento y manifestación pública de la Fe, dolor por la muerte de Cristo y alegría por su acción salvífica.

Quiero esta tarde trasladaros las emociones que en mí despertaron las primeras presencias en esta tierra durante la Cuaresma y durante los desfiles procesionales. Os pido venia y clemencia. Venia para que me permitáis sentirme uno de vosotros. Clemencia porque voy a hablaros de lo que conocéis mucho mejor que yo. Os aseguro que habla hoy el corazón, la amistad y el cariño de quien se siente, y siempre será así, un riosecano más.

LAS COFRADIAS

Sabemos por la historia que Medina de Rioseco sacó a las calles sus pasos, por primera vez, en el año 1605. Sin embargo, la propia complejidad de esta celebración nos obliga a remontarnos en el tiempo para encontrar el

núcleo religioso y humano que da origen a la Semana Santa y que se localiza en las agrupaciones dedicadas a la caridad y a la oración que van surgiendo en nuestros pueblos y que fueron conocidas como cofradías.

La historia nos cuenta, también, que la configuración social de nuestras ciudades en la Edad Media se estableció sobre la base de las profesiones, generándose una importante estructura gremial que va a determinar en gran parte el desarrollo cultural, social y científico, no sólo de nuestro país, sino de toda Europa, a partir de este momento.

Estos gremios, determinantes para la política de los países, fundamentales para la defensa de los intereses profesionales, eje del desarrollo económico de las ciudades y que ejercieron un espectacular mecenazgo sobre las artes, tuvieron también una importante dimensión religiosa; siempre con el patronazgo de un santo, bajo cuya advocación llevaban a cabo una destacada tarea de asistencia social y de ejercicio de la caridad.

La huella de los gremios se ha perpetuado en nuestra sociedad hasta nuestros días. De los múltiples elementos de nuestra cultura y tradición que derivan de aquella singular forma de estructurar la vida social, tenemos dos ejemplos de que han pervivido, con plena vigencia a lo largo de los siglos, en Medina de Rioseco.

Me refiero, en primer lugar, a la trama urbana de esta ciudad, algunas de cuyas calles nos retrotraen todavía en su denominación la actividad comercial y artesana que albergaron a la sombra de sus históricos soportales. Calles de carniceros y pescaderos, tundidores o armeros son viejas reliquias de un tiempo en el que se alumbró y se fundamentó la tradición de la Semana Santa y que han visto discurrir por su empedrado, casi cuatrocientos años de desfiles procesionales.

Sobre el modelo de estas agrupaciones, surgieron posteriormente hermandades y cofradías de carácter penitencial orientadas a impulsar el ejercicio espiritual y mantener viva la Fe, al tiempo que dispuestas a llevar a cabo una acción caritativa de gran trascendencia social en aquel momento.

Las cofradías penitenciales impulsan una línea de espiritualidad nueva, caracterizada por la comunión cristiana de bienes espirituales y la prestación de auxilios entre todos sus miembros como razón de ser del cofrade, pero cuyos compromisos se extienden al ámbito de lo material a través de la ayuda mutua entre los hermanos de cofradía, la creación y sostenimiento de hospitales para necesitados, la colaboración en la redención de cautivos, casamiento de doncellas, entierro de difuntos y socorro de los pobres, así como la aportación económica a la construcción de iglesias y capillas y, por supuesto, su casi exclusivo protagonismo en la preparación y celebración de la Semana Santa.

La memoria de la actividad de las cofradías penitenciales de Medina de Rioseco forma parte ya de la historia de esta ciudad, en cuyos anales encontramos el hospital de Santa Ana, de larga vida e intensa actividad gracias a la protección de los Almirantes; el de Convalecientes bajo la administración de la cofradía de la Vera Cruz; el de la Soledad o la leprosería de San Lázaro fuera del recinto amurallado de la villa.

De aquella primera época, datan las primeras cofradías de la ciudad como la Vera Cruz, decana de todas ellas, vinculada a la familia Enríquez y a la orden franciscana. La Soledad de Nuestra Señora, la Quinta Angustia y la Pasión siguen en el tiempo a esta primera agrupación, en aquellos momentos de esplendor del siglo XVI para una ciudad que mereció el apelativo de «La India Chica» por su intensa actividad de ferias y mercados.

Tras estas cofradías, llegaron otras muchas, fruto del gran movimiento espiritual y social de la ciudad. Los papas conceden Bulas y Privilegios a estas agrupaciones que difunden por nuestra tierra una corriente penitencial basada en los flagelantes y la disciplina pública de los hermanos de cofradía, realizada durante desfiles procesionales presididos por la Santa Cruz.

Pero nada puede entenderse en la celebración de nuestra Semana Santa que sea ajeno al principal protagonista de esta manifestación de Fe, el cofrade, verdadero soporte de la tradición y artífice de la escenografía, a la vez que de la verdadera espiritualidad de la celebración.

El carácter familiar de la condición de cofrade, el compromiso de católico ejemplar, la fidelidad a una tradición ancestral y el cumplimiento de unos rigurosos estatutos determinaron en el pasado, y siguen marcando hoy, la forma de ser y el comportamiento social de los hermanos que integran las cofradías.

Mayordomos, varas y oficiales ostentando la autoridad; banderines y servidores del paso satisfechos por el honor de su cometido; rituales de fraternidad en torno a la mesa, tradiciones cargadas de belleza como «bailar el paso» o «la rodillada» de las imágenes ante la Virgen de la Cruz, todo nos ha sido legados por los cofrades desde el más escrupuloso respeto a la tradición.

Un legado rico como pocos, éste de nuestra Semana Santa y que cuenta con momentos tan emotivos como la llamada de El Pardal con sus esporádicos y penetrantes toques de corneta, el retumbar lúgubre, todo dolor y sentimiento, de los tapetanes durante las procesiones del Jueves y Viernes Santo y, cómo no, las notas cadenciosas y sentidas de La Lágrima, que ha pasado con el tiempo a convertirse en el distintivo musical de la celebración.

Todas estas hermosas tradiciones han sobrevivido al tiempo porque para detener ese tiempo, siempre caprichoso y olvidadizo, estaban desde

hace cuatrocientos años los cofrades, impulsores también de la gran aportación artística que supondría la introducción de las imágenes escultóricas que representan los grandes momentos de la Pasión.

LOS PASOS

Corre fecundo y espléndido para Castilla y León el siglo XVII y con él se desarrolla en nuestra tierra un incomparable proceso de desarrollo cultural que tiene en la escultura su máxima manifestación artística.

Es precisamente la conjunción de tres factores: la religiosidad del pueblo, el empuje y esfuerzo económico de las cofradías y el importante momento artístico de Castilla y León, lo que hace que nuestra Semana Santa se llene con la plenitud estética de tallas y pasos, incorporando a su escenografía obras de arte únicas que constituyen hoy uno de nuestros más importantes y valiosos legados patrimoniales.

La imaginería castellana alcanzó de la mano de Berruguete, Juan de Juni y Gregorio Fernández su punto máximo de esplendor. A su sombra, surgen por toda nuestra geografía los talleres donde prestigiosos discípulos y seguidores de los maestros van arrancando con su gubia a los bloques de madera las más impresionantes interpretaciones de las escenas bíblicas. Son los pasos que financiados por las cofradías van a sembrar nuestras ciudades de arte y belleza, puestas, en este caso, al servicio exclusivo de la Fe.

El fuerte mecenazgo y la fuerza de las cofradías hace que Medina de Rioseco se cuente entre las ciudades más afortunadas en este proceso de adquisición de obras de arte. Tallas de Juan de Juni y Gregorio Fernández, de Rodrigo León y Mateo Enríquez, de Muniategui y la familia Sierra constituyen el insuperable conjunto artístico de los pasos que procesionan nuestra Semana Santa y representan hoy el más hermoso legado religioso y artístico con que contáis los riosecanos.

Grupos escultóricos construidos con imágenes únicas, cargadas de agónico dramatismo en los Cristos Crucificados, de inconsolable amargura en las Vírgenes, de resignado sufrimiento en la Flagelación o de la más absoluta beatitud en el Santo Cristo de la Paz o la Virgen de la Alegría.

Toda la Pasión se hace madera en las imágenes de Rioseco y la madera arte y el arte vida, para ofrecernos una nueva Biblia. Un libro sagrado escrito de nuevo con el lenguaje de las tallas policromadas donde el pueblo relee cada año, con lágrimas en los ojos, todos y cada uno de los capítulos que conforman la agonía, muerte y resurrección de Cristo.

Ningún pueblo como el nuestro ha sido capaz de alcanzar el milagro artístico de expresar de una forma tan contundente, rotunda y bella los fundamentos más profundos de nuestra religión. Las palabras y las razones sobran ante una Virgen con el corazón atravesado por los siete puñales o ante la presencia, al caer la tarde de Viernes Santo, del Cristo de los Afligidos en las calles de la ciudad.

Pero el tesoro patrimonial de la Semana Santa de Medina de Rioseco, desborda en amplitud y variedad el capítulo de los pasos. Joyas bibliográficas, objetos simbólicos, recuerdos, retazos rescatados de la tradición y las costumbres procesionales, que hoy se guardan con verdadera devoción y respeto en el Museo de la Semana Santa.

Un santuario a la memoria histórica que tuve el honor de inaugurar en febrero del año 2000, y que nos permite disfrutar en todo momento con la historia, así como ofrecer al visitante una parte importante de vuestro pasado, de un tiempo que sigue plenamente vigente, en este tercer milenio, porque nunca se fue de vuestro corazón, ni de esas calles, que parecen hechas no para vivir, sino para acoger el paso silencioso y recogido de las procesiones.

LA CELEBRACIÓN

Llega el tiempo de la Pasión y el pasado vuelve, siempre nuevo y siempre fiel a la tradición que es seña de identidad de una Fe, tan arraigada y profunda como aquella de los disciplinantes. El año de preparación se cumple y la primavera tímida de nuestra tierra penetra en los corazones avivando la llama de la Semana Santa.

Es la conmemoración del dolor, de la Pasión y Muerte de Cristo. La culminación del proyecto Redentor que Dios prometió al hombre en el Paraíso y que a lo largo de una semana nos va a llevar desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, a su Resurrección de entre los muertos el día de Pascua.

En medio, queda el paréntesis del dolor. El acompañamiento a Cristo en su sufrimiento. Un rito milenario que tiene cada año un tiempo definido en nuestras vidas y un espacio perpetuo en nuestro corazón, que los cristianos aceptamos y revivimos desde la gratitud infinita al Creador por la voluntaria inmolación de su hijo Jesús en el Gólgota.

Todo está listo el Domingo de Ramos para iniciar un año más el rito y la celebración, para cumplir con la tradición y para reafirmar los fundamentos de nuestra Fe, a través del misterio de la Pasión.

Jesús hace su entrada triunfal entre palmas y vítores en Jerusalén procedente a lomos de una borriquilla. Es el momento de la alegría, es el portal de unos acontecimientos que en nada presagian la tragedia que se avecina. La aparición triunfal de Cristo, su entrada en loor de multitudes en la ciudad santa constituyen un efímero reconocimiento a su divina figura: «Hosanna al Hijo de David» gritaban los judíos, al tiempo que extendían sus vestiduras para que Jesús caminara sobre ellas.

Medina de Rioseco se engalana para la misa grande. En torno a la Eucaristía se congregan cofrades y vecinos. Los niños tienen su momento de protagonismo en la Procesión de las Palmas. Cofrades infantiles, colegios y escuelas, grupos de catequesis recorren gozosos un itinerario que desemboca en el templo de Santa María.

Es un domingo alegre y blanco en la mañana, adornado con la ilusión siempre joven de la ropa nueva y que va a ir apagando su encendida emoción conforme avanza la tarde y la certeza del Drama se agiganta con las primeras sombras de la noche.

Amanece el silencio temeroso del Lunes y Martes Santo. Expectación en la vida cotidiana. Lento transcurrir de las horas sobrellevando el trabajo, bajo el signo del luto que se adivina. Vigilia que parece eternizarse en las calles y en los campos que rodean la ciudad.

Son horas de preparación para la misa y homilía, para el triduo al Cristo del Amparo. Las palmas cumplen ya en los balcones su función de proteger los hogares, y el pueblo con el respeto y la resignación con que el hombre afronta la tragedia, implora piedad al Padre e intercede por Jesús en los actos penitenciales.

La tarde de Miércoles Santo, con el Vía Crucis Procesional se inicia el camino a través del cual se han de cumplir las escrituras que anuncian, desde el inicio de los tiempos, el prendimiento y muerte en la cruz del Hijo del Hombre.

El Santísimo Cristo del Amparo, arropado por el fervor de los cofrades, vuelve un año más a recorrer las calles de Medina al encuentro de la Virgen Dolorosa en el atrio de la iglesia de Santiago. Es el instante agónico de la despedida. Madre e Hijo cruzan sus miradas en un silencio opaco, tras el que se adivina la oración que recorre las calles y que une al pueblo bajo un mismo sentimiento de fraternidad y esperanza.

Primavera de Castilla:
Está la tarde amarilla
Llena de olor del Calvario.

Canta el poeta, mientras los gremios y hermandades desfilan apenas despunta la tarde de Jueves Santo al encuentro de las autoridades. La litur-

gia se concentra en torno a las palabras: consuelo y esperanza. La celebración de la Última Cena cumple el tiempo de Jesús en la tierra y es el momento para releer una vez más el testamento de Amor que Cristo nos confía «Amaos los unos a los otros como yo os he amado»y para revivir, en la más emotiva de las celebraciones litúrgicas, el momento de la instauración de la Eucaristía.

Otra vez más el escenario es la calle. Y es que la calle se convierte desde ahora y hasta que Cristo expire en la Cruz en el Templo más grande de Medina de Rioseco. En la calle se vive; en la calle se reza; en la calle se interpreta; en la calle se muestra el más austero, sencillo y auténtico Vía Crucis.

Todos los riosecanos sois actores. Anónimos ciudadanos que estáis dispuestos a asumir vuestro papel. Por convicción, por herencia, por sinceridad, porque nace de lo más íntimo de vuestro corazón.

Hay una fuerza sobrenatural que os convoca estos días a acompañar a Cristo. De fúnebre y austero morado y negro o de fantasmagórico color blanco. Con ronco y duro golpe de tapetán; con alarido primaveral del pardal; con un primitivo farol entre las manos o con un sencillo pero solemne baile en los hombros de los cofrades y con milimétrica precisión en la salida de los pasos.

La devoción popular quiere acompañar a Jesús en la noche fría, velar con su vigilia, asistirle en su oración desventurada y triste, hasta que apunte el alba y para ello nada mejor que trasladar el Santísimo, en cortejo de Varas y Banderines, hasta la iglesia de Santa María, donde sólo en el silencio de la iglesia vacía, se nos da la gracia de hablar directamente con Dios y sentir, en el crepitar de la lámpara, el lamento de dolor por la despedida.

Apunta ya la noche en Medina, cuando desde la majestuosa iglesia de Santiago se pone en marcha la Procesión del Mandato. Abre camino la Oración del Huerto. Cristo se refugia en la soledad para orar y para hablar con el Padre, suplicando piedad ante tanto sufrimiento. Es la humanidad de Jesús quien suda sangre ante la injusticia, implorando clemencia para él y perdón para todos nosotros. Cristo de una belleza sencilla y emocionada, de un dramatismo que transmite sosiego, reconfortado por los ángeles bajo el olivo.

El paso de «los azotes», la Flagelación, nos presenta el primer episodio del sufrimiento físico. Jesús es azotado sin misericordia por el sayón y la sangre preciosa que brota con las heridas de cada latigazo comienza a ejercer su acción redentora. Es la primera sangre y es largo el camino hasta que Jesús entregue su última gota. Desde el silencio tenso que impone

el paso de la imagen escarnecida, de rostro doliente y abatido, el cristiano sólo puede asomarse a lo más profundo de su alma a la búsqueda del más puro y limpio sentimiento de misericordia ante tanta injusticia.

La sangre clama sangre y el sacrificio tiene que ser total para que la redención sea asimismo universal. «Jesús atado a la Columna» y el «Ecce Homo», son estampa viva del hombre abandonado por sus fuerzas, manso en su desgracia, con las manos atadas y la mirada perdida en el horizonte oscuro de los campos.

¡Crucifícale, crucifícale!, vocifera enardecido el populacho, mientras sentimos como nuestra comodidad nos impulsa muchas veces a eludir el compromiso de cristianos y a refugiarnos en una timorata posición que se aproxima al lavado de manos de Pilatos. Estamos ante Cristos que denuncian nuestro miedo, nuestra falta de valor en tantas ocasiones de la vida, nuestra indiferencia para con el sufrimiento del hermano.

El núcleo doctrinal de la procesión lo componen los pasos de los Nazarenos de Santiago y de Santa Cruz, la Desnudez y el Santo Cristo de la Pasión. Imágenes de desoladora e inabarcable belleza todas ellas.

Pocas cosas tan hermosas por su capacidad para sugerir y por su síntesis entre estética y espiritualidad puede uno contemplar en la vida, como el avanzar lento de las cofradías que acompañan a estos pasos, mecidos al ritmo del repicar lúgubre de los tapetanes.

Todo ello a lo largo de un escenario incomparable de calles y plazuelas con sabor antañón, construidas para vivir la fe, que acogen en sus soportales y aceras una multitud sobre la que se posa la mirada mansa del Nazareno de Muniátegui y que se deja abrazar, desde su amor infinito, por la erguida figura, de ojos vueltos al cielo, del Cristo de la Pasión.

Frente al dolor del hombre, la desolación de la mujer. Los pasos de la Verónica y de la Virgen Dolorosa hacen más profundo y humano el drama del Calvario. Dolorosa que implora piedad sin abatimiento, con la cabeza alta, con los ojos clavados en el vacío de la nada y de la soledad y su mano crispada sobre el corazón atravesado de puñales.

Dolorosa, que personifica la más sentida de las devociones en nuestra tierra y que generación tras generación ha constituido el mejor y más cálido y seguro refugio para el cristiano, frente a los pesares y las lágrimas con que tantas veces nos pone a prueba la vida.

Con la noche, se van diluyendo los ecos y, con ellos, se difuminan las figuras que componen la procesión. La despedida congrega a todos fieles y cofrades en el Atrio de Santiago para entonar una Salve de desagravio a la Virgen, que espera, en la soledad de las tinieblas, un alba que hubiera preferido no vivir nunca.

El luto envuelve con una niebla imperceptible el amanecer de Viernes Santo. Las cofradías se congregan a las cuatro de la tarde a la llamada de El Pardal, en el Corro de Santa María. Trasiego de gremios, mayordomos y estandartes por las calles de Medina para asistir a la liturgia de la palabra, tras los actos de cumplimiento protocolario a autoridades y vecinos en el Consistorio.

Del Sacrificio de la Misa, sólo nos queda hoy la celebración de la palabra. El Sermón de la Pasión constituye el centro de atención de toda la feligresía que escucha con profunda devoción cómo los mensajes de Jesús, en el último momento de su vida terrenal, siguen manteniendo toda su intemporalidad y representando la perpetua fuente de agua fresca que vivifica nuestras vidas como cristianos.

La Procesión de la Sagrada Pasión del Redentor, la de «los pasos grandes», se hace a la calle presidida por el principal misterio de la Semana Santa, la Crucifixión, seguida por los Cristos de los Afligidos y de la Paz. Cristo ha muerto y tras la muerte no queda nada que no sea desolación y dolor. Es el punto culminante de la Semana Santa, en el que la redención nos muestra su dimensión más dramática y humana. Dios, derrotado por la muerte, pende del madero.

Contrapunto de humanidad a tanto desvarío es el «Descendimiento» de Díez de Tudanca. Paso de gran belleza y magnífica intuición compositiva, cargado de serenidad en los personajes. Cristo, descendido de la Cruz reposa sobre el regazo de su madre. El cuerpo muerto de Jesús repite imagen de desolación en el paso de la Piedad que contempla ensimismada a su hijo muerto. Dolor interior que estalla en callada resignación mientras el alma llora el desconsuelo de lo irreparable y trae a mi mente aquellos versos de Gerardo Diego.

Deja que en lágrimas bañe
La orla negra de tu manto
A los pies del árbol santo
Donde su fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
No quiero que sufras tanto.

Jesús cumple el ciclo de la vida bajando a la tumba. Un hombre bueno, José de Arimatea, cede un sepulcro nuevo para que la semilla de la redención fructifique en la tierra, mientras la cierra procesión el paso de «la Soledad».

Todo está consumado. Cristo se ha inmolado por nuestros pecados. El sacrificio del Amor ha sido cumplido en toda su trascendencia redentora.

Dios ha sido fiel a su palabra eterna y ha entregado a la muerte su valor más preciado, su Hijo Predilecto, el único capaz de redimirnos del pecado con la donación generosa de su sangre divina en sacrificio.

La Resurrección de Jesús el Domingo de Pascua, da sentido a nuestra Fe y a todo lo sufrido. El triunfo de la vida sobre la muerte será para siempre la luz que alumbre la vida del cristiano. Luz que se abre paso en las tinieblas y alegría que hace olvidar el dolor vivido en los días precedentes.

La Procesión del Santo Encuentro reúne, en la Rúa Mayor, al Señor Resucitado y a la Virgen de la Alegría. Por segunda vez, Madre e Hijo se encuentran cara a cara. Ahora, con la felicidad de haber cumplido su misión en la tierra. Es momento de alegría contenida, de celebración del triunfo sobre la muerte, de flores y mantillas que baten al viento en la brillante mañana Pascual.

Tras la celebración de la solemne Misa Mayor, en Santa María, se cierran los actos de celebración de la Semana Santa. El pueblo retorna a su quehacer cotidiano y los pasos vuelven al Museo, los hábitos de los cofrades se guardan cuidadosamente en los armarios, y, en los corazones de los riosecanos, se encierran siglos de tradición y de Fe, esperando una nueva primavera para volver a hacerse presentes en las calles.

Sirvan estas palabras para que el pregonero trate de haber cumplido con la misión encomendada, que no es otra que la de hacer la llamada para que participéis en esta centenaria celebración. Sirva para proclamar al aire, a los cuatro vientos que aquí, en Medina de Rioseco, en uno de nuestros más importantes cruces de caminos de esta Castilla y León nuestra, se cumple fielmente el Evangelio y que, como queda dicho, Cristo entrará entre vítores y palmas montado en un borriquillo; instituirá la Eucaristía, será preso y flagelado, sentirá a su pueblo ayudarle a llevar la Cruz como lo hizo Simón de Cirene y caerá por tres veces en vuestras calles; morirá y será bajado de la Cruz para que su cuerpo yacente sea colocado en el sepulcro. Seréis vosotros y vuestras calles los notarios de todo y de cómo su Madre llora y se queda sola, aunque tendrá el consuelo de verle de nuevo vivo en la gloriosa mañana de la Resurrección.

El milagro se obra cada año y en unos días lo vais a comprobar una vez más. Es vuestra forma de interpretar el hecho más importante para los cristianos, vuestra interpretación de la Redención. Y lo hacéis al estilo de siempre. A vuestro estilo, como os enseñaron vuestros antepasados y como vosotros lo trasladáis a vuestros hijos.

Es la historia de la tradición. Es la vivencia religiosa de todo un pueblo que se vuelca con lo propio, con lo que más orgullo le suscita.

La primavera acaba de empezar. La primera luna nueva que ha marcado el comienzo de la nueva estación hace que las noches sean más brillantes. El astro presida el misterio y el gran drama.

Y en cada casa, en la de cada uno de vosotros, se iluminarán sentimientos y sensaciones. Ha sido así durante siglos y seguirá siendo así, si Dios quiere, durante muchos otros.

Esta noche, este humilde pregonero, ha tenido la osadía de tratar de interpretar esos sentimientos y esas vivencias. Os pido indulgencia. Pero tened la certeza de que ha hablado con el corazón. Que me he sentido uno más de vosotros, que he escuchado el trino agudo del Pardal, y las notas de la Lágrima o los golpes del tapetán. Y con la palabra y el pensamiento he estado debajo del banzo de cualquiera de vuestros pasos, junto a cualquiera de los hermanos cargadores. He participado del esfuerzo que supone la reverencia, «la rodillada» ante la imagen de la Virgen de la Cruz del Convento de Santa Clara, que tenéis en la pequeña capilla que hay en el Arco de Ajujar, la antigua puerta de la muralla.

Y al grito de «¡oído!», he caminado un poso para sentir el peso de estas imágenes que son historia y sentimiento, que son vuestro patrimonio de riosecanos, algo que sé muy bien que sólo se puede sentir cuando se ha vestido la túnica de hermano cofrade de la Vera Cruz, Quinta Angustia y Soledad o Pasión.

Esta noche he sido uno más de vosotros.

Medina de Rioseco
12 de abril de 2003
Día de San Julio I

Edita:

Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

ILTRE. AYUNTAMIENTO DE
MEDINA DE RIOSECO

CAJA RURAL
DEL DUERO